Educación y dolor. El dolor no es un tabú

Irene Gutiérrez Ruiz y Ana Rodríguez Marcos,
Universidad Autónoma de Madrid

Educación y dolor ¿tienen alguna relación? Deberíamos responder negativamente si nos atenemos a los documentos programadores de las escuelas: Proyectos educativos, Proyectos curriculares, programaciones de aula e incluso a los llamados "temas transversales". No suele figurar en ellos el tema del dolor, ni tampoco en la práctica escolar.

Tampoco tiene excesiva cabida el tema del dolor, en general, en los climas educativos de las familias. Al contrario, existe más bien una cierta preocupación por evitar a los hijos todo aquello que pueda representar para ellos frustración. La represión se presenta como un fantasma del que hay que huir para que no queden "marcados".

Y si nos situamos en el pensamiento que condiciona, más o menos conscientemente, la vida cotidiana, están lejos también tanto la postura resignada de aceptación, como la prometeica de superación, como la sisífica de desesperanza. Por ahora, todavía hoy mayoritariamente, estamos situados en el postmodernismo, en la interpretación dionysiaca de la vida. Lo que se lleva es la búsqueda inmediata del placer, el "carpe diem", el "pájaro en mano", "la avaricia del vivir a gusto", porque "la felicidad consiste en unos instantes a los que hay que agarrarse". Con estas o parecidas expresiones tropezamos a cada paso. El dolor es algo "tabú".

Vulnerabilidad y condición humana

Y, sin embargo, "la persona es —como dice Torralba— un ser vulnerable, débil, quebradizo. La expresión patente de vulnerabilidad de la condición humana aparece en el sufrimiento y en la muerte. En estas dos experiencias cruciales del vivir humano, se pone de manifiesto de modo patético, trágico, incluso cruel, la condición vulnerable del ser humano".

Alguien ha dicho que "hasta tal punto sufren todos los hombres, que el dolor es una especie de segunda naturaleza humana".

La educación, por consiguiente, no puede desentenderse del dolor, debe integrar esta categoría si quiere ser completa y verdadera, si quiere responder a una de las cuestiones más acuciantes para las personas.

Pero ¿qué aspectos del dolor deben ser tomados en peso por la educación? ¿Cómo se relacionan la educación y el dolor?

La finitud, una primera fuente de dolor

Es verdad que el ser humano está hecho para la felicidad, es su más profunda aspiración. Es verdad también que la vida de las personas tiene muchos momentos de placer y alegría, de satisfacción y gozo, incluso de exaltación. Y es importante no desaprovechar esos momentos. La educación debe ayudar a descubrirlos, a que no pasen desapercibidos. Lejos de todo "masoquismo", la educación debe cultivar actitudes de estima, de gusto, de agradecimiento ante las cosas agradables que la vida ofrece cuando como dice Savater—"son ingredientes de la plenitud de la vida y no refugios para escapar de ella". Pero la experiencia informa que esos momentos son limitados. No se puede descansar plenamente en ellos porque se acaban y además están entremezclados con el dolor físico y moral y con la muerte.

«¿La educación —dice Torralba— debe salvar al ser humano de estas experiencias, ofrecer aperturas al sentido, narraciones que ilustren el drama de la vulnerabilidad. En definitiva, debe abordar respuestas, aunque también sean vulnerables y frágiles como la misma condición humana». Es una tarea ineludible.

La integración que construye la personalidad

Un rasgo importante del ser humano es su complejidad y todos los elementos que la constituyen deben ser abordados por la educación. Desde el "fondo vital", en expresión de Lersch, hasta los aspectos que conforman "la estructura superior de la personalidad, la voluntad, el yo, el sí mismo personal", pasando, entre otros elementos, por los "instintos y las tendencias" con sus correspondientes "vivencias emocionales". Pero todos esos elementos no deben estar aislados, sino formar una estructura, una totalidad. En la configuración de la personalidad plena, un quehacer fundamental es la integración de los elementos que la constituyen al servicio de la totalidad. Como una orquesta en la que todos los instrumentos tienen su sonido y su función. Todos son importantes, pero cada uno debe intervenir en el momento adecuado para realizar la obra musical.

Pero esta tarea de integración no se hace sin refuerzo, sin renuncia y sin dolor. La educación debe tenerlo en cuenta. Debe evitar, por supuesto, la temida represión, pero es que —dice Frankl— "la renuncia exigida por la jerarquización de los valores concediendo la primacía al más alto, implica sacrificio, pero no una represión. Me reprimo—es decir, bloqueo al desarrollo de mi personalidad—si dejo de lado un valor para quedarme en el vacío. Cuando renuncio a un valor inferior para conseguir otro más elevado no freno mi crecimiento como persona, lo acelero". "Para conseguir un valor superior hemos de renunciar con frecuencia a valores inferiores". Esta es una ley o constante del desarrollo humano. La meta educativa debe ser —en expresión de Savater— la alegría, "esa experiencia que abarca placer y dolor, muerte y vida; la experiencia que definitivamente acepta el placer y el dolor, la muerte y la vida". "Ese a lo que somos, o mejor, a lo que sentimos ser". "El placer es estupendo y deseable cuando sabemos ponerlo al servicio de la alegría, pero no cuando la enturbia o la compromete". La educación debe integrar la renuncia y el dolor al servicio de la alegría. En el proceso educativo la alegría debe ir enseñoreándose del ser de tal modo que cada vez se hace más fácil la superación de la renuncia, como ocurre con ciertas plantas de tierras altas que pinchan mientras se va escalando la montaña, pero que se tornan suaves cuando se está alcanzando la cima. Es que el resultado es la virtud que,

en expresión de los clásicos, "proporciona facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena", objetivo de la educación.

El dolor de la libertad

La libertad, esa otra característica del ser humano, es también una fuente de dolor y de alegría que debe contemplar la educación. Porque la libertad es, capacidad de adhesión al bien y a la verdad. Sólo "la verdad nos hace libres". No debe entenderse como la posibilidad de hacer cualquier cosa. La educación debe apoyar esta capacidad de adhesión frente a las resistencias dolorosas de todo tipo, porque la capacidad física de elegir el mal no significa aumento de libertad sino defecto. Aprender a decir "no" puede ser una fuente de alegría. ¡Cuánto sufre el envidioso y el avaro...! Hay sufrimientos inconfesables. ¡Cuánto goza el que vence la pereza y realiza un trabajo perfecto o el que se aparta, por fin, de aquello que le esclaviza...! La educación debe ser potenciadora de estas alegrías y liberadora de estos dolores generados por el mal uso de la libertad.

Pero ser libre es también la capacidad de optar, de elegir entre bienes, porque la meta de la propia realización puede alcanzarse por múltiples caminos siempre que sean válidos. Pero optar supone finalmente decidir, es decir, cortar. La educación debe ayudar a superar este trance doloroso porque no es posible pararse sin comprometer el crecimiento personal.

Estas son algunas características del ser humano generadoras de dolor que deben ser abordadas por la educación para construir la personalidad, pero además hay que tener en cuenta aquellas otras que se refieren a las relaciones de encuentro, porque, como dice López Quintas, el hombre, la mujer es un **¡Error!Marcador no definido.**: vive como persona, se desarrolla y llega a la madurez como tal creando relaciones de encuentro con los seres de su entorno. Y también aquí, en estas relaciones, está presente el dolor que debe ser abordado por la educación.

El dolor en el encuentro con las cosas

La persona tiene, en primer lugar, la posibilidad de transformar el mundo que le rodea, la naturaleza, en ámbitos de posibilidades a las que aplicar sus potencialidades y enriquecerse. Es más, tiene el deber de hacerlo si quiere desarrollarse y lo ha hecho a lo largo de la historia. El fruto es el progreso, la cultura y la técnica. Pero sigue vigente el bíblico "ganarás el pan con el sudor de tu frente" por más que la tecnología vaya transformando ese tipo de esfuerzos.

Es evidente que no hay que volver a "la letra con sangre entra", ni es siempre verdadero el refrán de que "lo que cuesta es lo que vale", pero sí sigue siendo válido que "lo que vale casi siempre cuesta". Por eso una práctica escolar o familiar permisiva, no motivadora de la superación y del esfuerzo, no merece el nombre de educación.

El dolor en el encuentro con las personas

Un encuentro muy especial en la construcción de la personalidad es el encuentro con las personas. La intersubjetividad y la comunicación son condiciones indispensables a lo largo de todo el proceso de realización personal. El ser personal se desarrolla y adquiere su dimensión plena como persona en la relación y en el amor a sus semejantes. "No significa —dice Díez Alegría— que el hombre que no ama (auténtica, interpersonalmente) no sea pura y simplemente persona humana. Lo es, pero no auténtica y plenamente. Su personalidad es inhumana (no se ha "constituido" en rigor). Su personalidad está alienada. "

Y el amor, lo dice la experiencia, es la mayor fuente de alegría, pero —también la historia cotidiana lo atestigua— es frágil y el desamor el manantial de los mayores sinsabores y sufrimientos. "Aprender a vivir juntos" es, en expresión de Delors, uno de los cuatro pilares de la educación, pero eso implica asumir también los riesgos ineludibles que esto pide.

En rigor cuando el amor crece y se hace cada vez más universal exige también no desentenderse sino albergar solidariamente el dolor de los otros y el de la historia, pero la compasión y la lucha por remediar en lo posible todo este sufrimiento es también una fuente inagotable de alegría. Cultivar estas actitudes es una tarea de la educación.

El dolor de la infinitud

La apertura al mundo y a las personas es ya expresión de la dimensión trascendente del ser humano, pero la persona siente además la necesidad de trascenderse infinitamente, "de ir más allá de su recinto, de romper las coordenadas espacio-temporales para dar luz a sus preguntas fundacionales". "Un pensamiento que no se decapita—dice Adorno—desemboca en la trascendencia"

Esta inquietud metafísica "puede iluminarse desde distintos prismas intelectuales y credos religiosos". Son aproximaciones al Misterio pero ninguno de ellos es capaz de descubrirlo totalmente. Es la infinitud, a la vez fuente de alegría inmensa y de profunda inquietud. "Que bien se yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche", como escribió Juan de la Cruz.

Una educación integral no puede dejar de cultivar esta dimensión trascendente del ser humano que es también compleja y que exige un riguroso aprendizaje.

En total sí parece que deba contestarse afirmativamente a la pregunta que hacíamos al principio, acerca de las relaciones entre educación y dolor. Probablemente la calidad de la educación crecería bastante si también esta dimensión se incluyera en la práctica educativa, escolar, familiar y social. El dolor no debería ser algo "tabú". Es una realidad que hay que admitir y de la que debe hacerse cargo la educación, aunque siempre en la perspectiva de la alegría y con el horizonte de la felicidad.

CRITICA Nº 865 (Mayo 1999)